



UNA COMPARSA FRENÓ LA MINERÍA EN CIUDAD BOLÍVAR

LINA MARCELA ARROYAVE DOMÍNGUEZ

ANEXO DEL TRABAJO DE GRADO PARA OBTENER EL TÍTULO DE
COMUNICADORA SOCIAL - PERIODISTA

ASESOR TRABAJO DE GRADO
CARLOS OLIMPO RESTREPO SUESCUN
PERIODISTA

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE COMUNICACIONES
COMUNICACIÓN SOCIAL - PERIODISMO

2019

Una comparsa frenó la minería en Ciudad Bolívar

“Soy parte de quienes alzan la voz para la destrucción de los ríos, bosques y páramos. De aquellos que sueñan en que un día los seres humanos vamos a cambiar el modelo económico de muerte, para darnos paso a construir un modelo que garantice vida”. Francia Márquez

Por: Lina Marcela Arroyave Domínguez

La mañana del 30 de mayo de 2013 auguraba un viernes diferente, como lo esperaban desde semanas atrás niños, jóvenes y adultos de San Bernardo de los Farallones. Ese día, cientos de habitantes de este corregimiento de Ciudad Bolívar se levantaron antes de lo habitual con un objetivo común en mente y corazón: llevar su voz de rechazo a la minería en gran escala, como ya se hacía en municipios vecinos del Suroeste antioqueño.

El primer pensamiento que me vino a la cabeza fue cómo se iría a desarrollar aquella jornada, para la que me preparaba desde un mes atrás. Antes, yo había estado en otras actividades colectivas, relacionadas con el colegio, pero entonces, a mis 16 años, era la primera vez que participaba en un acto tan grande. Iría disfrazada de mariposa, al igual que mi amiga Alexandra Zapata, a quien también preocupó la noticia de que en zonas naturales aun no protegidas se habían observado actividades de exploración minera. Un temor similar sentía otros estudiantes, profesores, campesinos e indígenas del lugar. Fue tan alarmante la situación por esos días que algunos habitantes emprendieron la búsqueda de documentación que confrontara dichas acciones, para luego transmitirle el mensaje a los demás.

La primera cita de ese día fue en la biblioteca de la Institución Educativa Rural Farallones, escenario para preparar ese pequeño carnaval con el que pretendíamos que nuestro mensaje se sintiera en la Alcaldía y el Concejo de Ciudad Bolívar y tuviera eco más allá de las montañas que lo rodean. En ese espacio, el más amplio del colegio, se daban los últimos toques a máscaras y trajes alusivos a nuestra fauna y flora, y se terminaban de afinar y escribir consignas en telas y pasacalles, que se repetirían a lo largo del recorrido por la cabecera municipal. Mostrar que el territorio poseía una gran riqueza en fauna y flora y que por ningún motivo se quería destruir lo que allí habitaba, fue uno de los motivos más significativos para manifestar.

Allí llegué a las 8:00 de la mañana y empecé a sacar del bolso lo necesario para meterme en mi personaje: unos botines negros, que no volvieron a ser los domingueros; un par de

medias veladas negras, compradas hace poco; y una blusa oscura, que resaltaría con mirella azul brillante. Un mes antes, con la guía de la profesora Dora Cardona, los estudiantes habíamos empezado a trabajar, en los ratos libres, nuestra propuesta individual y por eso allí estaban las alas, mis alas, a las que, al igual que los zapatos, solo les faltaba un toque de pintura. En medio de la algarabía en aumento, concluí la tarea y me preparé para subirme a alguno de los carros que nos llevarían hasta la cabecera.

A mediados de enero del mismo año, habitantes de Farallones, zona El Empuje (finca La Esperanza), observaron movimiento de personas que, apoyadas con maquinaria, realizaban exploraciones en una mina antigua. Las perforaciones allí realizadas despertaban una preocupación aun mayor. Se alertaron y manifestaron su intranquilidad a miembros de la comunidad que mostraban estar comprometidos con el medio ambiente: Dora Cardona y Oscar Echavarría, un habitante más. Se volvió habitual ver a algunos habitantes después de un día de labores en el campo, conversar en los andenes de sus casas, aun con su ropa de trabajo y botas puestas sobre lo que ocurría. De los 660 habitantes en zona urbana y 2.067 en rural, ninguno manifestaba apoyar dicha actividad. Propietarios de fincas, jornaleros, comerciantes y docentes encontraron la forma de iniciar con una serie de cabildos abiertos y discutir sobre aquella inconformidad y zozobra que rondaba todos los días por aquel corregimiento. Tiempo después, y ante la necesidad de tener un grupo de trabajo establecido para la toma de decisiones sobre esta problemática, se creó una Mesa Ambiental apoyados por la ya formada en Ciudad Bolívar. Fue una iniciativa de Cardona quien invitó a Echavarría a integrarse, y así poco a poco otros habitantes se fueron sumando como Iván Solís, líder comunal desde años.

“Nosotros estuvimos en el sitio, había un geólogo, tenían mangueras de dos pulgadas obteniendo agua con tubería de los chorros conocidos como Colecaballo; estaban sacando tierra, habían hecho una bocamina. A un chofer del municipio le estaban pagando como 80.000\$ por cada viaje para que les bajara el material a escondidas hasta Bolívar, mandarlo a otro sitio y estudiarlo. El conductor me contó que en cierto momento tomó la decisión de no ayudarlos más”, recuerda Echavarría.

En el parque de Farallones, jeeps de servicio público, una escalera, un bus y carros particulares permanecían en fila aquella mañana fresca esperando ya por los manifestantes. La gente cargaba sus morrales y carteles que traían desde sus casas. No era necesario preguntar por el mensaje, estaba claro que grandes tentativas mineras los había puesto a escribir en su contra. Algunos de pie, otros sentados y organizados con ropa que

no solían usar un viernes, esperaban la orden de Cardona para ubicarse. La Guardia Indígena del resguardo Hermeregildo Chakiamá tuvo la oportunidad de viajar con los suyos en un bus exclusivamente para ellos. Uniformados, unidos y con protección en mano impusieron respeto desde el instante en que asomaron al punto de encuentro.

Eran las 11:00 de la mañana y el movimiento de estudiantes, profesores, campesinos, y trabajadores de algunas fincas buscaban un cupo en los vehículos que en pocos minutos empezarían a recorrer cerca de 14 kilómetros que nos separaban de Ciudad Bolívar, para ser parte de una manifestación que, esperábamos, fuera multitudinaria. Finalmente, todos se situaron ordenadamente y se marcharon.

Yo iba en uno de los jeeps, sería el tercero de la fila. Ya sentada en el puesto del centro, al lado estaba Cardona, Alexandra y otros docentes. Hasta ese momento no había nerviosismo, sí estaba entusiasta y ansiosa por vestirme de mariposa con mi compañera de estudio; maquillarnos y hacer parte de la multitud. Sabía que quienes salen a marchar y defender sus derechos; gritan, levantan sus manos y sus rostros también hablan por sí solos. Mi intención era mostrarme como una manifestante más que sentía preocupación con deseos de contribuir a una reivindicación. Me encontraba con la expectativa de ser parte de una exitosa marcha la cual repercutiría en el bienestar de la comunidad allí presente. En Puente Nuevo, el sitio donde termina la carretera destapada y empieza la vía asfaltada, se sumaron otros grupos que venían de diferentes veredas y municipios como San Gregorio y Jericó, para convertir este 30 de mayo en un día histórico. La tensa ansiedad de las primeras horas de aquel viernes se nos convertía, kilómetro a kilómetro, en una necesidad urgente de empezar a corear las consignas, exhibir los pasacalles, telas y costales con pinturas y eslóganes, tomarnos la calle.

“En abril 14 se hizo el primer cabildo abierto en la institución del corregimiento. Una especie de asamblea popular en la que se abordó el tema de la minería en términos generales. Se invitó a la comunidad, diferentes organizaciones, algunos concejales. Luis Bernardo Moreno, alcalde de Ciudad Bolívar, y la coordinadora de la Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia – Corantioquia, sede Andes, participaron. De manera unificada salió la idea de trabajar para que no se presentara minería a gran escala, o minería a cielo abierto. Hay que enganchar esto con los cuatro títulos que existen en el territorio que tienen cierto tiempo, pero están ahí”, menciona la profesora Cardona.

Actualmente, según la profesora, la documentación sobre las actas de los cabildos y otra relacionadas con reuniones y compromisos está perdida. Oscar e Iván manifiestan que en ese momento el alcalde dijo apoyar a la comunidad. Sin embargo, no se firmó algún documento de compromiso. Lo que sí tienen a la mano son unas copias adquiridas desde el año 2013, una de esas son dos títulos vigentes de exploración para oro, concedidos por

la Gobernación de Antioquia el 7 de octubre de 2011, titular Juan Guillermo Vélez Velásquez, con 1938800.0 áreas otorgadas, confluencia de las quebradas Las Mercedes y la Ricaurte. El otro está a nombre de la esposa de Vélez, María Patricia Uribe Puerta, para exploración, construcción, montaje y explotación, con 5199998.45129 áreas, otorgadas el 16 de diciembre del mismo año, en busca de minerales de metales preciosos y sus concentrados, como oro.

Otra persona interesada en irrumpir en estas zonas es Aníbal Gaviria Correa, gobernador de Antioquia entre 2004 y 2007 y alcalde de Medellín para el periodo 2012-2015. En el año 2003 obtuvo uno de estos títulos bajo la modalidad: licencia de exploración, con terminación el 24 de diciembre de 2015. Prueba de ello son los documentos que posee uno de los líderes y ratifica la inscripción por parte de la Agencia Nacional de Minería. Cardona, menciona cuatro títulos que según ella hay que tener en cuenta. Se refiere a Corporación Minera de Colombia S.A.S. quien registró su contrato de concesión el 21 de marzo de 2012 vigente hasta el 20 de marzo de 2042. También Mineros S.A con dos de estos, uno el 16 de diciembre de 2010 con límite el 15 de diciembre de 2040, y otro el 18 de mayo de 1994 con fin el 7 octubre de 2041. Y, por último, el titular José Esteban Restrepo Colorado, fecha radicación el 1 de noviembre de 2012.

Después de revisar los anteriores documentos, que tienen una fecha de terminación bastante extensa, pregunté a la Corporación Corantioquia. ¿Ahora qué cambia con estos títulos y la declaratoria de Reserva Forestal en Ciudad Bolívar?, pero no fue posible obtener una respuesta.

Al llegar a Ciudad Bolívar hacia el mediodía, algunos manifestantes se quedaron frente a la plaza de mercado, otros en el parque, y unos más, los que debíamos terminar de prepararnos, fuimos a la Casa de la Cultura, dos cuadras arriba de la iglesia principal, donde esperamos con paciencia a que una chica nos ayudara con el maquillaje. En esta antigua edificación tardé lo previsto, pero demás miembros de la comparsa se me perdieron de vista un rato, aunque no fue difícil encontrarlos minutos después. Ya estábamos listos para la gran manifestación.

Nubes blancas y grises, movidas por el viento del Chocó que se hace frío al pasar la cordillera hacia Antioquia, refrescaban la tarde. El comercio y las calles ya eran muy diferentes a las de un viernes habitual, por la cantidad de personas que había a esa hora y que se empezaban a concentrar en La Estación, al final –o comienzo- de la calle tercera, la principal del municipio y cerca de la plaza de mercado, donde minutos después comenzaría nuestra marcha. Junto a nosotros, estaban representantes de otras instituciones educativas, de organizaciones sociales y comunales, indígenas, tercera edad, gentes del común y algunos líderes de los movimientos ambientales de Támesis y Jericó,

destacados por su lucha contra la minería en sus territorios y con quienes la Mesa Ambiental Farallones mantenía contacto.

En medio de esta multitud estaba yo, de blusa y medias negras, falda blanca sobre la que destacaban entradas coloridas, mis botines y las alas azules. Cerca se encontraba otra mariposa, como yo; también osos andinos (o de anteojos), gallitos de roca, tigrillos, así como especies de plantas típicas de los páramos o endémicas de este complejo montañoso, en las estribaciones de los Andes, que es referente de los habitantes de Ciudad Bolívar, Betania, y otros municipios del Suroeste antioqueño y del Chocó.

“El día de la marcha yo tenía unos radios de comunicaciones, entonces coordinamos que otra persona iba a estar en la cola y yo adelante observando todo. Finqueros le dieron a la Guardia Indígena uniforme para acompañarnos; un bus se les asignó para que los trasladara. Yo cargaba el megáfono, Dora organizando todo, Iván iba ayudando por los lados. Todos salimos juntos, allá nos tomaron fotos, los locales cerraron sus puertas y nos escucharon. La finca La Cascada nos regaló el agua. El alcalde Luis Bernardo Moreno participó de los cabildos, pero no de la marcha, porque parte del Concejo estaba a favor de la minería”, recuerda Oscar.

El miedo, muy común en estos casos, se apoderó de algunos. Iván Solís, miembro de la Mesa Ambiental Farallones, fue uno de los que prefirió caminar por los andenes. “Yo iba de bajo perfil. Los líderes no se pueden dar a conocer en una situación de esas, porque este país cada vez está más jodido. Están matando a los líderes campesinos”, dice Solís.

Quizás no fue el único en su momento. Pero hay que decir que también hubo quienes desde el inicio de los trabajos por parte de la Mesa se mostraron seguros de lo que hacían y decían: Oscar Echavarría, por ejemplo.

“En un momento me dijeron ‘váyase para Bolívar’, coja un megáfono, perifonee y diga lo que está pasando en Farallón. Acordamos papeles. Con un mapa del municipio sobre los títulos mineros aprobados por la Secretaría de Minas de Antioquia me fui más o menos ocho domingos. Cogía un carro y me iba, la gente de plata creía que yo estaba loco. Yo me llevé un permiso para perifonear; la policía de Bolívar me apoyó. Les decía: señores, pónganle atención a esto. Las fincas de ustedes están en títulos mineros, ¿no creen? Miren aquí... en el mapa está. Lo que está en color son los títulos mineros, miren que todo el municipio está ahí, y la gente se reía... ‘este no vende ni panderitos’, decían. Desde el tercer domingo en adelante los ricos me empezaron a llamar para que les contara, porque veían que ni la policía me paraba. Un policía se hacia el loco y me ponía cuidado”, recuerda Echavarría.

A las dos de la tarde, el uniforme verde estándar de la Guardia Indígena empezó a abrirse paso en medio de la multitud, seguido por las comparsas campesinas alusivas al riesgo de la explotación minera en una zona ecológica tan frágil. Detrás, y por algo más de un kilómetro, nos fuimos intercalando los demás grupos, al ritmo de consignas como: “La salud vale más que el oro”, “queremos agua, café y maíz”, “minería, fuera del país”, “despierta, defiende tu territorio”, “el oro amenaza la biodiversidad”, “no se vende, la tierra se defiende”.

Bajo la mirada de cientos de personas que se agolpaban en aceras, puertas y ventanas, los manifestantes marchamos en medio de danzas, comparsas y cantos, con las consignas gritadas o escritas en carteleras y pasacalles. Caminamos entre las calles tercera y cuarta, pasamos frente al edificio de la Alcaldía y al llegar a la plaza, algunos dirigentes del corregimiento tomaron la vocería para hablar en nombre de quienes teníamos –todavía tenemos- el riesgo más cerca. Para mí fue una gesta épica, en la que cerca de 2.000 personas nos hicimos sentir, de manera pacífica y a la vez contundente.

En esto coincide Cardona, la profesora que se convirtió en un referente de esta iniciativa. “Recuerdo que ese día pusimos la canción Latinoamérica, de Calle 13, que dice: ‘tú no puedes comprar el viento, tú no puedes comprar el sol, tú no puedes comprar las estrellas, vamos caminando, vamos caminando’. Fue muy importante la participación de la Guardia Indígena, siempre de manera pacífica, escoltando la marcha, es un acto simbólico muy importante en estos procesos. Finalizamos en el parque coreando las consignas, invitando a la gente para que siguiéramos fortaleciendo el movimiento en defensa del territorio”, recuerda hoy nuestra maestra.

Esta marcha fue el inicio de grandes cambios para la comunidad. Tres años después Corantioquia, luego de varios estudios ecológicos declaró Reserva Forestal Protectora Regional, 11.000 hectáreas delimitadas con una franja en Chocó y otra en Risaralda, debido a que es uno de los hitos geográficos más importantes del Suroeste Antioqueño y referente espacial de gran importancia y singularidad, donde se conservan aún ecosistemas de bosques altoandinos, subpáramos y páramos. Además, es una estrella hídrica muy importante en el Suroeste Antioqueño por nacer allí gran número de ríos y quebradas que abastecen acueductos de varios corregimientos y un número considerable de veredas y de los cascos urbanos de Andes, Hispania, Betania y Ciudad Bolívar. Hoy, el Cerro San Nicolás, además de ser turístico, es conocido como zona de páramo, un blindaje que muchos dicen tener cuando les hablan de actividades mineras.

A partir de esta declaratoria, los habitantes iniciaron pintando murales en el corregimiento. Entrando al territorio se observa en el paredón de una casa la pintura más

grande que resalta la fauna y flora allí existente. Fue un trabajo en el que participaron estudiantes, docentes y un artista que llegó desde Bogotá luego de ser invitado por personas de Santurbán que apoyaban a la Mesa Ambiental Farallones. Fue una acción de refuerzo, y que en su momento esta comunidad recibió como un gesto amigable. Según Echavarría Corantioquia apoyó económicamente este proyecto. Al menos cuatro murales aun están a la vista de propios y visitantes, un mensaje que habla por sí solo, con unos antecedentes que pocos conocerán, pero que, si se sigue trabajando, conducirá a que otras comunidades se fortalezcan para proteger, preservar y conservar la riqueza ambiental de su región.

“El tema volvió a retomarse en octubre de 2018 por motivo de algunas exploraciones por parte de personas de Amalfi que trabajan de forma ilegal la minería. Con sus actividades estaban ensuciando el agua. En ese momento habitantes de la vereda La Mina, zona afectada, hablaron con el sacerdote, la policía y conmigo para buscar ayuda de Corantioquia. Le dije al párroco que enviara las fotografías de las personas a diferentes entidades. Sí obtuvimos respuesta, porque a los dos días un carro de Corantioquia llegó a la subestación de policía y se trasladaron hacia la zona. Las personas ya se habían marchado y hasta la fecha no han regresado. De ahí que es importante darle continuidad al trabajo mancomunado por parte de la Mesa Ambiental y estar pendientes de las personas que ingresan al corregimiento”, menciona Óscar.

Lo anterior, se verificó con el informe realizado el 1 de noviembre de 2018 por el patrullero Adrián Andrés Morales Agudelo de la subestación de Farallones. “Se realizó una visita a la vereda La Mina del corregimiento Farallones en compañía de personal de Corantioquia del municipio de Andes, liderada por la geóloga Laura Navarrete, con el fin de verificar una información dada por la ciudadanía que se estaría trabajando de noche en la extracción de material aurífero de manera clandestina en una área protegida, se verifica la información llegando al lugar indicado, no se encuentran personas haciendo dichos trabajos pero al parecer días antes lo estaban realizando porque se encontró tierra y piedras movidas”

Para este año ha habido grandes cambios. En 2013 trabajaron colectivamente muchas personas que actualmente han decidido tomar otros caminos o apartarse de las actividades que antes solían realizar juntos. Hoy, 29 de abril de 2019, regreso al territorio y me encuentro con diferentes versiones que no esperaba. Fue un compromiso muy significativo que construimos juntos en defensa de nuestro territorio. Actualmente La Mesa Ambiental se encuentra inactiva porque, según Cardona, no hay personas para realizar el trabajo. Hasta los documentos están perdidos y parece no ser algo inquietante. Óscar fue uno de los que tomó la decisión de retirarse de la Mesa para evitar problemas

con la comunidad. Tomó tanta conciencia de la zona protegida que en su momento al detectar algunas irregularidades quiso se tomaran correctivos, y ante el desacato a estas insinuaciones se sintió obligado a abandonar el liderazgo que venía ejerciendo desde tiempo atrás.

Ahora, es una persona más del común y corriente de nuestra población, sin ejercer ninguna labor específica. Siempre habla de la marcha, su paso por La Mesa Ambiental, el páramo y su territorio como un gran aficionado. Guarda algunos documentos que le dejó su participación y siempre está dispuesto a hablar del tema. “Algunos están desempeñando labores pensando en sus intereses políticos. Hay quienes no tienen sentido de pertenencia por el territorio” expresa Echavarría.

Iván está en la sede Comunal del corregimiento, lugar donde años atrás se trataba el tema que ahora me atañe, se encuentra haciendo un retoque de pintura locativa. Ha hecho una pausa para volver al pasado. Es otro que ahora alude el trabajo de hace seis años de manera nostálgica porque el grupo de trabajo se desintegró. “Hay funciones que nos tienen inconformes, puestos que se obtuvieron por favores políticos, pero no hay un compromiso como algunos quisiéramos”, señala Solís.

Sin embargo, la Institución Educativa actualmente es la más comprometida con el tema de la Reserva y la relación de esta con sus estudiantes. La profesora Dora Cardona lidera los diferentes proyectos y hasta la fecha trabaja de manera decidida con estos jóvenes.

“En la institución de Farallones se ha venido haciendo un trabajo ambiental importante. Rescato que es un trabajo colectivo, no soy yo. Con varios compañeros docentes y las directivas el año pasado nos ganamos el premio *Distinción Vida*, como Institución Educativa por el trabajo que hicimos a partir de la marcha en defensa del agua” indica Cardona.

Treinta millones de pesos obtuvieron por parte de Corantioquia para seguir trabajando. Este año tienen otro proyecto de más cobertura con los jóvenes: *Farallones Biodiverso. Lo cuido, lo disfruto y lo valoro*. Ahora son ellos los que dejan huella y se verán comprometidos a desarrollar programas con miras a la protección del territorio. Natalia Andrea Gómez recuerda cómo fueron esos días, cuando era una pequeña de ocho años e inició su compromiso contra la minería. “Para ese tiempo estaba en el grado tercero. Uno a esa edad no tiene una idea tan grande de lo que están hablando, hay palabras que no se comprenden, pero trataba de entender y la parte gráfica ayudó para que los más pequeños tuvieran una idea de lo que se manifestaba”.

Terminada la manifestación, recuerdo que volvimos a la Casa de la Cultura quienes debíamos cambiarnos de ropa; retirar el poco maquillaje que aun había en el rostro,

recoger nuestras pertenencias y partir hacia el corregimiento a eso de las 4:30 de la tarde. Ubicada en uno de los jeeps, las personas esbozaban en sus rostros una gran satisfacción. Los más adultos mencionaban que el pueblo nos había escuchado y apoyado. Estábamos algo cansados, pero felices de nuestra contribución, y más cuando tardamos un mes preparando todo ese acontecimiento que siempre recordaremos como la muestra de empoderamiento más grande, nunca vista en aquella tierra de arrieros.

Estaba orgullosa de mi presentación, sentía admiración por nuestro pueblo, mis docentes, compañeros de estudio y las personas de la comunidad. Me marché pensando en el fotógrafo que había disparado su cámara frente a mí al menos en dos momentos y con la ilusión de verme en algún otro instante. Tenía la esperanza de que quienes me acompañaban en el viaje y tenían ya un recorrido de compromiso con el medio ambiente, se articularían cada vez y continuarían aquella gran labor, siempre con una acción en defensa del territorio para comunicar a otros.

Hoy, seis años después, me marché de Farallones sintiendo el gran cambio que se vive entre sus habitantes. Ya no queda mucho de ese grupo y ese consenso del pasado, con los que hicimos consciente a un pueblo y a municipios vecinos de la amenaza que se empezaba a vislumbrar sobre nuestra gran riqueza ambiental y que aun sigue latente. Los murales están un poco deteriorados, pero ahí siguen firmes, comunicando un mensaje, ese que tanto no quieren escuchar los voraces que conforman el país, pero que las comunidades como San Bernardo de los Farallones insisten en expresarlo y luchar fuertemente por excluirlos de sus tierras. Siento, casi con absoluta certeza, que esa iniciativa que se hizo visible con la marcha de mayo de 2013 hizo posible que algunas organizaciones y entidades obtuvieran recursos para sus proyectos en la zona y que a finales de 2017 la Reserva Forestal fuera ampliada, tras ser incluida por el Ministerio de Medio Ambiente como zona de páramo, lo que la protege más de actividades riesgosas, como la minería.

Queda, para los colegiales de hoy y los habitantes que aún no lo olvidan, mantener vivo ese espíritu solidario con la naturaleza que unió a estudiantes, profesores, campesinos, indígenas, comerciantes y miles de personas más. Esa integración y comunicación, que hoy parecen diluirse en el tiempo, son fundamentales para mantener vivo el legado de quienes han liderado este movimiento, que siguen atentos a cualquier presencia sospechosa de minería en la zona.